

buena inteligencia, que es de desear dure, será siempre el mayor enemigo de la Inglaterra.

El Almirante Hardy, que mandaba la escuadra inglesa, aunque tenía más número de navíos de tres puentes, y que sus buques eran más uniformemente veleros, se hallaba con todo con 23 navíos y 1.500 cañones de menos que la escuadra combinada. Por consiguiente, le era imposible empeñar un combate, y sólo debía limitar sus operaciones á procurar evitarle y á proteger la entrada de los crecidos y ricos convoyes que esperaba su comercio, y á defender las costas de Inglaterra, sobre las cuales se amenazaba un desembarco.

Había, efectivamente, en los puertos del Havre, Honfleur y Saint Malo un cuerpo de tropas, á las órdenes de Mr. de Vaux, conquistador de Córcega. Estaba dividido en cuatro columnas, cada una de 12 batallones, y la vanguardia debía componerse de la legión de Lauzun y de seis batallones de granaderos y cazadores, á las órdenes del Conde de Rochambeau. Dos regimientos de artillería, dos batallones del regimiento de París, destinados á servirla, 400 húsares y 400 dragones de los regimientos de la Rochefoucauld y de Noailles debían completar este ejército, para cuyo transporte se hallaban prontos en los puertos 500 buques. A más de éstos, había también en Dunquerque los necesarios

para conducir un cuerpo de 18.000 hombres, que, á las órdenes de mi tío el Duque de Chabot, estaba destinado á auxiliar las operaciones del ejército de Mr. de Vaux.

Todos estos gastos y preparativos fueron inútiles, y hay quien dice no tuvieron nunca otro objeto que el de ocupar toda la atención de los ingleses en la defensa de su isla, para impedirles pudiesen reforzarse en América, donde quería darse el golpe de la independencia.

El 14 de Agosto entró en la Mancha la escuadra combinada, que sufrió en ella temporales bastante fuertes. Se presentó delante de Plimouth, donde causó su vista la mayor inquietud, no dudando que, instruidos del mal estado en que se hallaba la plaza, iban á verificar un desembarco para arruinar aquel rico arsenal, que era el mayor golpe que podía darse á la Inglaterra, destruyendo por este medio su marina. El Conde Robert de Paradès, embarcado á bordo de la escuadra francesa, hombre de la mayor actividad é intrepidez, había tenido medios de introducirse en Inglaterra y de facilitarse inteligencias en Plimouth y sobre las costas meridionales de aquella isla. El que lea las *Memorias secretas* que escribió á su salida de la Bastilla, no podrá ver sin dolor que con fuerzas tan considerables se perdiese una ocasión única de abatir á poca costa el orgullo inglés. Estas Me-



*morias* se han impreso en el año de 1789, y merecen leerse para admirar lo que puede la inteligencia y actividad de un hombre en esta parte.

El Almirante Hardy se vió obligado por el tiempo á caer sobre las islas Sorlingas, y sabiéndolo el 25 los Generales de la escuadra combinada, se dirigieron á atacarle. El 31 llegaron á avistarse las escuadras; pero la destreza de Hardy, la ligereza uniforme de la marcha de sus buques y una equivocación de la escuadra combinada, sumamente dichosa para él, hizo que el día 3 de Septiembre pudiese llegar á la rada de Santa Elena, anclando al día siguiente en Spithhead. La escuadra combinada entró toda en Brest desde el 12 al 14 de aquel mes, y así tuvieron los ingleses la fortuna de que llegasen á salvamento 303 buques del convoy de la Jamáica, 280 de las Antillas y 11 navíos que venían de Bengala y de la China, sobre los cuales estaba el comercio de Inglaterra en la inquietud que era regular, á vista de las fuerzas enemigas que se hallaban en la Mancha. Es difícil de perder en menos de dos meses tantas buenas ocasiones de hacer á poca costa un gran mal á su enemigo. El único fruto de este crucero fué la toma del navío inglés de guerra de 64 *El Ardiente*, mandado por el Capitán Felipe Boteler, con 523 hombres de tripulación. Salió éste de Plimouth, y creyendo ser la escuadra francesa

la del General Hardy, caminaba hacia ella con confianza; pero, atacado por el caballero de Marigny, que mandaba la fragata la *Juno*, á quien se unió después el Barón de Mengaud, Comandante de la *Gentille*, obligaron al navío inglés á rendirse, y, conducido á Brest, pudo, después de una corta reparación, salir incorporado á la escuadra francesa, bajo el mando del mismo caballero de Marigny, que le había apresado.

Era muy considerable el número de enfermos de la escuadra francesa, siendo sumamente corto el de la española. Algunos, y, entre otros, el autor de la *Historia imparcial*, citada arriba, quieren atribuir esta diferencia á que, siendo frescas las provisiones de la escuadra francesa y saladas las nuestras, estaban aquéllas más expuestas á la corrupción; pero yo he oído á muchos oficiales imparciales que la verdadera causa de esto fué el mayor aseo y cuidado que hay en nuestros navíos de airearlos y regarlos á menudo con vinagre. Como he confirmado por la experiencia que en general el interior de las casas francesas son sumamente puercas, no extrañaré lo sean aún más sus navíos, donde se necesita doble cuidado para mantener la limpieza y pureza de aire.

El Conde de Orvilliers, que había perdido á su hijo de enfermedad en esta campaña, afligido con esta pérdida, y con la culpa que injusta-



mente le atribuían del poco suceso de la campaña, pidió su dimisión, y dejó el mando de la escuadra al Conde Duchaffault, que en el combate de Ouessant había tenido también el dolor de ver caer muerto á sus pies de un balazo á un hijo suyo. La actividad de este General hizo que á últimos de Octubre volviese á salir al mar la escuadra, bien que en menor número, á causa de los enfermos; pero reforzadas las tripulaciones con las de los buques que quedaron en el puerto. Con todo, la escuadra combinada era siempre superior á la inglesa, la cual fué á visitar á Porsmouth el lord Sandwith, mandándole se hiciese á la vela al primer viento favorable. Pero esta nueva salida no tuvo resulta alguna, y adelantándose la estación, se retiró nuevamente al puerto la escuadra inglesa.

Después del combate de Ouessant enviaron ya los franceses á América una escuadra, que salió de Tolón á las órdenes del Conde d'Estaing; pero combatida por los vientos contrarios, tardó mucho en poder desembocar el Estrecho de Gibraltar, sin lo cual acaso los primeros socorros de la Francia hubieran sido suficientes para decidir favorablemente la suerte de las Colonias. Continuaban, pues, en ellas las hostilidades, y si los colonos, aun estando solos, habían sido suficientes para contener á los ingleses, el socorro de un aliado poderoso como

la Francia los hacía mucho más temibles. Los sucesos fueron varios; pero los americanos sacaban ventaja de los favorables, sin descaecer por los adversos. Como el entrar en el pormenor de los hechos de esta guerra exigiría una obra sola, y sería ajeno de mi objeto, me remito en el particular á las dos citadas más arriba, en que podrán hallarse, y trataré únicamente por mayor de los que pertenezcan á la España.

Hallábase de Gobernador de la Luisiana Don Bernardo de Gálvez, sobrino del Marqués de Sonora, Ministro de Indias, mozo de valor y de excelentes calidades, y queriendo dar muestras de uno y otro, envió una expedición, que se apoderó de los fuertes de Natchez, Misilimakinac, Panmure (?) y Batonrouge, situados sobre las orillas del Mississipí, por cuyo medio se internó mucho por este río, y aumentó la España un terreno considerable y sumamente fértil, facilitando al mismo tiempo el comercio de pieles. Además de esto, frustró Gálvez por este medio los proyectos que tenían contratados el General Campbell y el Brigadier Stuard, los cuales se descubrieron más claramente por las cartas que se interceptaron, en que se vió las maniobras secretas que hacían para levantar á los indios contra los españoles.

Por otro lado, D. Roberto Rivas, Gobernador interino de la provincia de Yucatán, pensó en



destruir todos los establecimientos que los ingleses habían hecho indebidamente en la bahía de Honduras, abusando del art. 16 del último Tratado de paz, en que se les había permitido el corte del palo de campeche y las chozas meramente necesarias para hacerle, pero sin establecimiento formal ni fortificación. Mientras Rivas se apoderaba de las que allí tenían, el Coronel Darliple y Lutrel salieron de la Jamáica para apoderarse, como lo hicieron, del puerto de San Fernando de Omoa, que es la llave de la bahía de Honduras, y la comunicación en tiempo de guerra de la provincia de Guatemala y de toda aquella parte, por cuya razón se había fortificado á toda costa. Fiado en esto Rivas, obró sin la debida precaución, y no creyendo pudiesen venir á atacar aquel puesto, no lo dejó suficientemente reforzado cuando marchó á su expedición de Honduras. Aunque sólo se hallaron 8.000 pesos fuertes en las cajas de Omoa, se calcula había tres millones de pesos en los registros que allí se tomaron, sin contar los frutos de América, ni 250 quintales de plata labrada que había ido de Europa. Luego que supo Rivas esta desgracia, se dirigió á marchas forzadas para rechazar á los ingleses, que tuvieron que abandonar su conquista pocos meses después, clavando los cañones. No se utilizaron éstos tampoco de las riquezas que tomaron,

pues el navío *Leviathan*, en que las cargaron, pereció en una tempestad, en que se perdió también un rico convoy que pasaba de Jamáica á Europa, escoltado por el navío de guerra el *Carolte*. Los ingleses tomaron el navío *San Carlos*, de 50 cañones, que pasaba de Cádiz á Cartagena de Indias, cargado de cañones y municiones de guerra.

Animado Gálvez con sus primeras conquistas, pensó extenderlas, apoderándose del fuerte de la Mobila y Pansacola. El primero capituló el día 10 de Marzo del 80; pero fué preciso suspender hasta el año siguiente la toma del segundo, porque la empresa era más difícil.

Entretanto, los ingleses se apoderaron del fuerte de San Juan, que les abría la comunicación con el nuevo reino de Granada; pero Don Roberto Rivas, el Teniente coronel D. Francisco Piñeiro y D. Josef Urrutia lograron desalojarlos enteramente, y con muy poca pérdida, de toda la provincia de Campeche, tomándoles 300 esclavos, 10 goletas y otras 40 embarcaciones menores, y haciéndoles otros daños, que, según su evaluación, ascendieron á un millón de duros.

Una de las principales ventajas que se propuso lograr el Rey Carlos en esta guerra fué la recuperación de Mahón y Gibraltar. La honra y hombría de bien de este Monarca le habían inspirado constantemente el deseo de res-



tituir á la nación, siempre que lo pudiese, estos dos importantes puestos, que había perdido al principio del siglo por poner la Corona sobre las sienes de su padre. Si el amor que le profesaba le hizo desde luego que llegó á España mandar pagar las deudas á los particulares, no es extraño desease pagar á la nación entera la que conocía había contraído en su obsequio. Resolvió, pues, atacar por mar y tierra la plaza de Gibraltar, á cuyo objeto destinó 26 batallones de infantería y 12 escuadrones de caballería, á las órdenes del Teniente general D. Martín Alvarez de Sotomayor, confiando el bloqueo por mar al jefe de la escuadra, D. Antonio Barceló, que, á haberse declarado unos días antes la guerra, hubiera podido apresar varios socorros que entraron en la plaza, que fué embestida á últimos de Julio de 79.

S. M. lo hizo saber á todas las potencias de la Europa, intimándoles sería tomado como de buena presa cualquiera buque que, pasando el Estrecho, se le viese dirigir su rumbo á Gibraltar. Con todo, se experimentaba en ella mucha falta de víveres y municiones, por lo cual, y aun más probablemente por conocer la superioridad de su situación, molestaron muy poco á los principios los trabajos de los sitiadores, que llegaron hasta unas 500 toesas de la plaza.

Mandaba en ella el General Elliot, cuya reputación era muy conocida, y que por su constancia, frugalidad y demás calidades, reunía cuantas podían apetecerse para la crítica situación en que se hallaba. Tenía bajo sus órdenes 5.000 hombres, la mayor parte hanoverianos. Si Gibraltar hubiera sido una plaza situada en un peñasco escarpado por todos lados, pero reducido al circuito de una fortificación regular, hubiera cedido sin duda á los esfuerzos de los sitiadores; pero la situación de esta plaza la hace absolutamente inconquistable, á no mediar una traición de parte de los que están dentro, ó uno de aquellos inesperados sucesos de la fortuna que ni pueden preverse ni calcularse.

Hállase la ciudad de Gibraltar situada al pie de la montaña de este nombre, abrigada y defendida por toda ella. Está coronada de baterías, colocadas algunas en galerías hechas dentro del mismo monte, donde se está enteramente al abrigo de la bomba, y aun del cañón, que dirigido de abajo arriba, no puede hacer el efecto que debiera. El General Elliot es quien más ha trabajado en esta especie de obras. La altura de más de 1.500 pasos de perpendicular que tiene esta montaña hace que sus baterías dominan enteramente á los sitiadores, sobre los cuales tiran poco menos que perpendicularmente. Los sitiadores sólo pueden acercarse á la plaza



por una lengua de arena que la une al continente, y que dificulta mucho los trabajos de la trinchera.

Esta montaña tiene más de tres millas de largo desde la Puerta de Tierra de la plaza hasta la punta de Europa, de modo que no se trata sólo de tomar una plaza regular, aun la más fortificada, sino un espacio de terreno en el cual su extensión permite plantar verduras, tener ganados, y buscar otros mil arbitrios contra la escasez, que no pueden hallarse en una plaza reducida sólo á su recinto. A más de esto, la facilidad de la pesca es otro recurso no común en las demás plazas. Su situación en medio del mar hace que descubierta y aireada aquella extensión de terreno, los sitiados que pueden pasearse y tomar el aire libremente, no están expuestos á las enfermedades y miseria que proporciona tantas ventajas á los sitiadores la falta de estos recursos (*sic*). Tienen también otro, único en su especie, que es el estar tranquilos y al abrigo de la bomba en las cuevas que á este fin tienen hechas en la montaña, donde, ó no llegan, ó las ven caer tranquilamente como si fuese una fiesta de pólvora. La fuerza de las corrientes del Estrecho y de los vientos que entran por él, ofrecen también un medio único, sobre los generales que proporciona la incertidumbre de la mar, para que puedan con facili-

dad introducirse por ella los socorros, sin que todas las escuadras del mundo sean capaces de impedirlo enteramente. Efectivamente, no obstante la infatigable actividad de la escuadra nuestra que apresó más de 300 buques, el cálculo que hacían los negociantes de Lisboa, donde yo me hallaba, era que de cada tres buques entraba uno, y bajo este pie se arreglaban para asegurarlos, y ganaron muy buenos reales. Esto mismo prueba la actividad de nuestra escuadra, pues se ve hizo cuanto puede hacerse en aquella situación.

Tenían los navíos de guerra y corsarios ingleses, y, sobre todo, los buques destinados á la comisión furtiva de Gibraltar, un asilo seguro en los puertos de Portugal, particularmente en los del Algarbe, de donde salían con viento hecho, seguros de que nadie podría impedirles la entrada en la plaza. Los Cónsules ingleses del Algarbe, y sobre todo el de Tavira, enviaban continuamente barcos portugueses con refrescos y víveres á la plaza, de los cuales tomamos algunos. El Ministerio portugués hacía la vista gorda á su salida, coloreada siempre con falsos pretextos, por no disgustar á los ingleses; pero al mismo tiempo se manifestaba muy sentido, y convenía en que se tratase con todo rigor á los que apresásemos haciendo este tráfico.

Todo esto prueba la infinidad de razones po-



derosas y peculiares que hay para considerar como inconquistable á Gibraltar. Esta plaza hubiera podido sin duda adquirirse, si desde luego que declaró la España la guerra, hubiera dirigido sus fuerzas contra la Jamaica que, hallándose entonces desproveída, hubiera sido una conquista segura y fácil, y por su restitución hubieran dado los ingleses diez Gibraltares.

Hubo en este año de 79 en la Mancha varios encuentros particulares que hicieron mucho honor á la marina francesa, entre los cuales el más distinguido fué el que tuvieron la fragata francesa *La Surveillante*, mandada por el Caballero Couëdic, teniente de navío, y la inglesa *La Quebec*, mandada por el capitán Jorge Farmer. Ambas eran de 30 cañones de á 16 y 12 libras de bala, y cruzaban para observar los movimientos de su escuadra, teniendo cada una consigo un cutter. Se atacaron las dos fragatas el día 6 de Octubre, y empezó el combate con una andanada á metralla que disparó la fragata inglesa á la francesa, estando á un tiro corto de pistola de ella, de modo que sus vergas se tocaron varias veces en el combate, que duró más de tres horas. Desarboló enteramente la fragata inglesa á la francesa, que poco después hizo lo mismo con aquélla, echándose inmediatamente sobre ella al abordaje. Una de las granadas que echaron los franceses para prepararse á él, pegó

fuego á un depósito de pólvora que tenían los ingleses en la proa, y sin la actividad infatigable de la marinería francesa, se hubiera comunicado el fuego á su fragata, cuyo bauprés se hallaba enredado en el cordaje de la inglesa. De 300 hombres que tenía, perecieron 257, y entre ellos su capitán Farmer, no habiendo podido salvar los franceses más que 43 hombres, á los cuales tuvieron la noble generosidad de darles su libertad luego que llegaron á Brest el día 8 de Octubre, considerando no debían ser prisioneros unos hombres tan valerosos. El Capitán Couëdic tuvo tres heridas, la una de ellas en el estómago, que se creyó mortal; pero aun estando así, se mandó transportar al alcázar, y desde allí mandó el abordaje. Tuvo la fragata francesa 36 hombres muertos y cerca de 100 heridos. Los dos cuters trabaron igualmente combate, y Mr. de Roquefeuille, que mandaba el francés, había ya apresado á su enemigo, cuando tuvo que abandonarle para venir al socorro de *La Surveillante* que estaba enteramente desarbolada, y que remolcó así hasta Brest.

Inquieta y cuidadosa la Inglaterra de la conservación de Gibraltar, y conociendo que la exactitud de nuestro bloqueo por mar y tierra no permitía fuesen suficientes los socorros furtivos que podían introducirse, resolvió enviar un convoy considerable, sostenido por una es-



cuadra que protegiese su entrada á toda costa. Destinó para mandarla al Almirante Rodney que en la guerra pasada había conquistado la Martinica.

Hallábase entonces dividida la escuadra española, de la cual 20 navíos se habían quedado en Brest á las órdenes del Teniente general D. Miguel Gastón, habiéndose restituído á Cádiz D. Luis de Córdoba con el resto de ella que se hallaba maltratada por los temporales, y necesitaba absolutamente repararse, para poder volver á salir á la mar. La escuadra combinada se hizo á la vela desde Brest el día 1.º de Enero para cortar el paso á la escuadra inglesa, destinada al socorro de Gibraltar; pero se vió tan combatida de los vientos contrarios, que le fué preciso volver á tomar puerto el día 3 de Febrero, sin haber podido encontrar á los ingleses que á fines de Diciembre habían ya salido de la Mancha.

Encontró el Almirante inglés el día 8 de Enero á 76 leguas del Cabo de Finisterre un convoy español que salía de San Sebastián cargado de municiones y pertrechos navales, destinados para la escuadra de Cádiz, y se apoderó de él sin resistencia.

Este feliz suceso fué un presagio de otros mayores que le sucedieron.

Hallábase D. Juan de Lángara cruzando con

13 navíos entre los Cabos de Espartel y de San Vicente para observar la escuadra inglesa, y después de varios días de niebla, se encontró entre Cádiz y el Cabo de Santa María con la escuadra inglesa de Rodney, que la niebla le impidió ver hasta tenerla ya encima.

Desde Septiembre estaban todas las Gazetas anunciando la venida de esta escuadra, y su lista de 14 navíos, que yo la había remitido á la Corte desde Lisboa, y avisados sus refuerzos, y así no he podido nunca alcanzar la razón que pudieron tener para exponer un corto número de buques á unas fuerzas muy superiores. Para observación, bastaban fragatas, cuters y otras embarcaciones veleras; y para resistir, no era suficiente aquella escuadra, y así aun cuando ésta tuviese orden de retirarse, vista la superioridad de fuerzas de la Inglaterra, no era del caso exponerla á no poderlo hacer, ó por la niebla, que fué la que impidió el reconocerla bien, ó por otras tantas casualidades inevitables, de las infinitas que ofrece la inconstancia y poder despótico del mar. Formó Lángara como pudo su línea de combate, y se disponía él; pero á vista de la superioridad de Rodney, que tenía más de 20 navíos de línea, después de tomado por medio de las señales el dictamen de los capitanes de su escuadra, opinaron éstos por una pronta retirada al puerto más inmediato. Los



navíos ingleses, más veleros que los españoles, pudieron darles caza, obligando á 11 de ellos á tener que batirse en retirada. Apenas empeñado el combate, se voló el navío español *Santo Domingo*, el cual, desarbolado por el viento, iba atrasado de los otros. Su capitán Mendizábal, que pocos meses antes había estado en Lisboa, estándonos paseando en el jardín, y diciéndole yo no me volviese á entrar allí sin un navío de guerra inglés, lo menos, me respondió: *Esté usted seguro que á mí no me tomarán los ingleses, porque ó yo los tomo, ó me han de hacer saltar antes que rendirme*. Es lástima se verificase tan pronto su profecía, por un acaso, y que á lo menos la pérdida de este valeroso y honrado vizcaíno no fuese después de un combate más glorioso y útil.

El navío *El Fénix*, en que iba D. Juan de Lángara (que fué herido en este combate) se vió obligado á rendirse á la superioridad de fuerzas, después de haberle desarbolado, y solo entraron en Cádiz cuatro navíos, de los once que habían combatido; pero empeñados en la costa dos de los siete tomados, los ingleses, que no la conocían bien, se vieron precisados á pedir á los españoles les salvaran; pero éstos se rehusaron á hacerlo ínterin no los pusiesen en libertad, como lo hicieron, declarándose sus prisioneros, por ser el único medio que les quedaba para salvar sus personas y los buques, que los oficiales es-

pañoles entraron felizmente en Cádiz. Continuó Rodney felizmente en su ruta, y entró glorioso y triunfante en Gibraltar, desde donde destacó cuatro navíos de guerra á Mahón con provisiones y caudales.

Observaron algunos la rara casualidad de que todos los navíos salvados tenían nombres de Santos, pues el *Santo Domingo* se voló, y así no quedó en poder del enemigo, que sólo tomó los que tenían nombres profanos. Respetando como es justo la piedad que en sí encierra esta reflexión, yo prefiero no se den á los buques nombres de Santos, pues aun cuando á cada uno se le quisiese dar en su interior un protector particular, cuya imagen fuese la de su Capilla, como las maldiciones y juramentos de la gente de mar es su lenguaje corriente, si un navío se atrasa, se adelanta ó hace algo que no conviene, llueven contra él las maldiciones y las indecencias que, aunque dirigidas en el interior sólo contra el navío, son proferidas en realidad contra el título que tiene, sin exceptuar el de la Santísima Trinidad, de la Concepción, etc., etc., lo cual es una irreverencia (aun perdonando la blasfemia), que no contribuirá ciertamente como mérito á que el Santo protector esfuerce con Dios su interposición á su favor.

Reparada la escuadra española de las averías ocasionadas el año antecedente por los tempo-